

(Por Lucio Schwarz-berg) Lona. 1. Lienzo de tela gruesa, tejido en algodón y estampado con colores vivos, que en la playa usan los solitarios para depositar el bolso y el cuerpo.

La lona se pliega en seis u ocho partes se porta en el sector superior del bolso playero (*¿dónde mierda está esa lona?*).

Elegido el territorio de inercia, la lona se despliega a favor del viento y se tiende sobre la superficie. Es conveniente apoyar las zapatillas u otro peso en los extremos para que la lona no se vuele ni se enrosque. Jurídicamente la lona delimita el territorio de posesión precaria que ocupa un sujeto desarraigado y nómade para yacer sobre la arena (*estoy en aquella lona*).

Para la filosofía, la lona es la metáfora perfecta del *ser-en-la-playa*. El yaciente está expuesto a belicosidades: puede ser arrollado por un jeep o una estancia, o golpearlo por una pelota de fútbol Nº 5. Yacer en la lona es siempre angustiante, y en la conciencia del que duerme ronda la angustia del animal en la selva. En la lona, el yaciente vive a solas con su anhelo de la oreidad (el otro o la otra).

2. Tejido de cáñamo que, tensado sobre los parantes de una carpa y percutido por el viento, nocte al mediodía, emite un sonido seco, característico de los balnearios del sur argentino.

Luna. Astro que alumbra cuando está de noche sobre el horizonte.

Verano/12

Lona

Siempre amé las religiones, dijo Borges.

Siempre amé las religiones—dijo Borges— cuando toman la forma de la belleza. ¿Acaso la religión no es un retorno barroco hacia el origen? Y en ese caso, la teología no será sino una rama de la literatura fantástica. Mi intimidad con Dios, joven, es más bien sospechosa.

No eran aún las diez de una noche del invierno austral de 1979 y el escritor Héctor Bianciotti, que había llegado a Buenos Aires como enviado especial del *Nouvel Observateur*, llevaba unos minutos entrevistando a Borges. La cinta de su viejo grabador se deslizaba con el rumor de una llovizna cuando Bianciotti, a pesar de que conocía lo suficiente a Borges para no sentirse intimidado, detectó un ligero, imprecisable malestar. Lo atribuyó a la calefacción, o quizás a la blandura del complaciente sillón forrado de cretona en el que su cuerpo parecía sumergirse. Borges hablaba y hablaba, la entrevista fluía en un largo monólogo, apenas interrumpido por las acotaciones de Bianciotti.

—Cuando los antiguos sajones usaban la palabra “thor” no sabían demasiado bien si ese nombre designaba el dios de las tinieblas o el ruido que sucede al relámpago. Vivían en el corazón de esa antigua ambigüedad que la poesía se empeña en desentrañar. El drama es que las palabras se olvidan y se ha tornado pedante revivir su memoria. Encuentro que esto es misterioso como el universo...

El rostro de Borges era blando y carnoso. Una sonrisa estereotipada le asomaba de vez en cuando, una sonrisa incongruente. ¿De timidez o de cortesía? Entonces podía verse la fila de dientes perfectos, obviamente postizos. Los ojos enormes, asimétricos, semejaban globos enfocando hacia direcciones opuestas. Uno hacia abajo, en una vaga aproximación al interlocutor, era el ojo social de aquella cara. El otro apuntaba hacia arriba, el ojo místico perdido en el vacío del cielo, del espacio, del infinito. —Mallarmé estaba obsesionado por la innovación— seguía diciendo Borges—. Era una gran vanidad porque el lenguaje comporta siempre algo de fatal. En el mejor de los casos, los innovadores devienen una curiosidad de museo para especialistas. En sí, la idea mallarmeana de un texto específico y personal es una convención que conduce a la religión o a la fatiga.

Borges era un anciano muy formal, con algunos toques extrañamente bohemios. Como una página de caligrafía perfecta en la que resaltaban unos manchones imprevistos, el traje era de corte clásico pero estaba demasiado arrugado. El pequeño nudo de la corbata oscura se cerraba sobre una camisa cuyas puntas de cuello insistían en levantarse. Los finos cabellos grises estaban bien peinados pero algunos mechones escapaban, volanderos.

Borges tenía labios delgados y sensuales, el superior algo tembloroso. Su voz sonaba con el tono amanerado común en los aristócratas de Buenos Aires: una voz desprovista de énfasis y su registro, sacudido por espasmódicas pausas, era coloquial. Arrastraba mucho las “elles” y su dicción lo hacía salivar exageradamente. Pequeñas gotas se formaban en la comisura de los labios. Sus manos eran blancas, nudosas, frágiles, con las clásicas pecas de los viejos. Aferraban el mango de un bastón de madera barata.

—Imaginemos a un ucraniano o a un persa que aprendieran el francés a través de la pro-

sa o el verso de Mallarmé. Arriesgaría creer, luego de largos años de aprendizaje, que Diderot y Voltaire han manejado un dialecto rudimentario, incomprensible.

Afuera debía hacer mucho frío porque los vidrios estaban empañados, pero Bianciotti sintió que una gota de sudor le bajaba por el pecho. Fanny, la criada, había traído unas copas de jerez, dejando la bandeja de plata sobre una pequeña mesa. Los muebles eran oscuros. Las estanterías estaban llenas de viejos libros encuadernados. Una dulce modorra asedió a Bianciotti, sus ojos se cerraban. Hizo un esfuerzo para fijar la atención en las palabras de Borges, cuyo rostro le pareció que flotara en el aire viciado de la habitación. Una contracción comenzó a morder algún punto de su estómago.

—Borges está tan fatigado de ser Borges. Es algo que dura ya mucho tiempo—continuaba la voz—. Soy ciego, estoy condenado a la oscuridad de mi sola compañía. Y en la oscuridad, la promiscuidad conmigo mismo es más sensible que a plena luz. Entonces, a la primera ocasión, me evado. Abandono a Borges como una serpiente que se despoja de su piel. Por suerte, no soy sordo. Los sordos son siempre ridículos. Son personajes de comedia. Pobre Beethoven. A los ciegos, curiosamente, se les atribuye gran sabiduría. Reíno tres condiciones para que la gente tenga confianza en mí. Son ciego, viejo y poeta.

Aquella molestia incisiva perturbaba a Bianciotti. Bebió de un trago el jerez sólo para sentir que una sed devoradora se encendía en su interior. Se levantó de pronto y al hacerlo se asustó. ¿Habría interrumpido el soliloquio de Borges? Pero éste seguía hablando, impertérrito. Algo atrajo a Bianciotti en una repisa situada a la espalda del entrevistado. Caminó hacia allí. Los pies se deslizaban sobre una alfombra mullida, silenciosos. El anciano parecía no darse cuenta de sus movimientos. En la repisa había un portarretratos vuelto hacia la pared. La mano de Bianciotti lo tomó. Sus ojos alcanzaron a vislumbrar, durante un brevísimo instante, una imagen. Sintió en la muñeca el golpe restallante del bastón. Tronó una voz desconocida, flámigera, cortante como un latigazo:

—¡Deje eso!

Borges estaba a sus espaldas. ¿Cómo había podido verlo? Y la energía de aquel golpe... Y esa voz. Bianciotti, confundido, pensó por un momento que aquél no era Borges sino otra persona, un impostor. Confuso, volvió a sentarse en el sillón.

Cuando levantó la vista, advirtió que también Borges se había sentado, lo escuchó cuando retomó la letanía, como si nada hubiera pasado. —Dicen que Borges es un individualista, que detesta el fascismo, el comunismo, la violencia de los imbéciles. Es cierto, a Borges le gustaría ser suizo, ciudadano de ese país ficticio en el que no se conoce el nombre del presidente.

¿Por qué hacía tanto calor? ¿Por qué Borges parecía no sentirlo? Bianciotti clavó la vista en el rostro cerúleo de Borges y sintió una náusea que le subía hasta la boca. Volvió a levantarse y, balbuceando una disculpa, fue hasta la ventana y la abrió. Al pasar junto al anciano le pareció advertir que llevaba un zapato marrón y otro negro, pero una parte de su mente se negaba a admitirlo y no quiso volver a mirar. El aire helado de la noche invernal le golpeó el rostro como un precioso alivio que llega en el último instante. Respiró hondo y el frío se deslizó por sus pulmones, disipando el malestar. El mundo volvía a ser lógico, todo estaba bien. Sólo había sido un ligero mareo causado por la excesiva calefacción. Quizás la emoción de esos días, su retorno al país. Pero sólo fue una tregua.

Por
Alvaro Abós

me lo su

La escritura y la muerte es el tema. Borges, Spinoza y Montaigne, Kafka, Novalis y algún otro cuya identidad se esconde en oportuna clave son los protagonistas. El libro —ganador en 1944 del Premio Alcalá de Henares, ya editado en España y que Editorial Sudamericana publicará en Argentina durante 1995— se titula *Merece lo que sueñas*. El autor de estos dos cuentos se llama Alvaro Abós (Buenos Aires, 1941), quien ya en sus últimos dos trabajos —las novelas *Restos humanos* y *El simulacro*— había entreverado lo cierto con lo supuesto para explorar los alcances de la muerte: la ajena, la pensada, la imaginada. Siempre la muerte.

—La única ventaja de la ceguera—continúa Borges— es que preserva los rostros amigos. Las mujeres que he conocido hace mucho tiempo y que aún frecuento, no han envejecido.

Bianciotti miró hacia afuera, hacia las sombras difusas, hacia los techos inciertos en la noche. La ciudad de extendía bajo la ventana. No era posible observar señales de vida desde aquel sexto piso, algo retirado de la línea del frente, de forma que la calle no era visible. Bianciotti asomó parte de su cuerpo fuera de la ventana.



Página 12 también
veranea
en la costa

Encuéntrelo en

Pinamar • Villa Gesell • Mar del Plata
Dolores • Gral. Madariaga • Miramar
Chapadmalal • Necochea • San Bernardo
Santa Teresita • San Clemente del Tuyú



ecce que enñas

...No puedo creer en esos infundios —mu-
cha a sus espaldas la voz cavernosa— ¿Có-
podrían suceder esas cosas? Cadáveres,
inatos... Yo lo sabría...
Bianciotti alcanzó a ver, hacia su izquierda,
ramo de la calle Charcas pero no distinguió
ser humano. Sólo, algunos metros más
la mole gris de una mansión vagamente
oriana, la masa boscosa de los jardines, ro-
dos por un paredón, del Círculo Militar.
Bianciotti cerró con brusquedad la ventana.
miraba Borges? ¿Cómo saberlo con aque-

llos ojos discordantes? Recogió el magneto-
fón, musitó unas frases de despedida. Aún es-
cuchaba las silabeadas frases de Borges cuan-
do abrió la oscura, maciza puerta y se sumer-
gió en la escalera.

Bianciotti caminó unos pasos por la desier-
ta calle Maipú, pero no pudo contener la an-
siedad. Puso en funcionamiento el aparato,
apretó el botón del retroceso. En el frío de aque-
lla noche de agosto resonó el zumbido de la
cinta rebobinándose, y enseguida emergió la
voz de Borges: "...¿Cómo podrían suceder esas

cosas? Cadáveres, asesinatos... Yo lo sabría.
Vivo frente al Círculo Militar..."

Y entonces, tapando la voz que se apagaba
con un desfallecimiento de agonía, del apar-
to negro emergieron los gritos. Como si rebo-
taran en las paredes de la calle oscura, lóbrega.
Aullidos inequívocamente humanos, estre-
mecedores, convulsos.

Pájaros habaneros

Ya ni sé las veces que visité a Virgilio para
pedirle su voto, siempre infructuosamente. Mi-
ra, Virgilio, le decía, aquí no se decide el No-
bel, no es más que un modesto concurso de
cuentos para jóvenes escritores cubanos. Y él
insistía con que su voto estaba decidido, era
para una cuento sobre dioses de la mitología
islandesa, o escandinava. Se lo expliqué una y
otra vez, al final creó que hasta con lágrimas
en los ojos: mira, Virgilio, yo no soy más que
un funcionario, un burócrata cultural, si tú quie-
res; yo organizo este concurso, y hay un par-
ticipante que fue voluntario en el Escambray
y los demás jurados lo han elegido, su cuento
es una exaltación de la lucha revolucionaria;
no te negaré, Virgilio, que hay cierto interés
superior en que se premie este cuento. Es ver-
dad que la lucha en el Escambray fue hace mu-
cho tiempo, y el autor es bastante veterano, y
el concurso es para jóvenes valores, pero ya tú
sabes cómo es la vida literaria, hace cuarenta
años que estás en el ajo, Virgilio, no me digas
que cuando vivías en Argentina, colaborabas
en *Sur* y eras amigo de Victoria Ocampo las
cosas eran demasiado diferentes, y al fin y al
cabo, Virgilio, es sólo un modesto concurso de
cuentos, no está en juego el destino de la li-
teratura mundial, coño, por qué no me pones tu
firma aquí y damos por concluido este brete,
Virgilio, por lo que tú más quieras, Dios. El
miraba por la ventana de su casita en la playa
de Guanabo, era una humilde cabaña, casi un
bohío, él miraba hacia el mar, como si busca-
ra algo, como pidiendo perdón, y luego volte-
aba su mirada hacia mí, pero es que no discuti-
ría, no peleaba conmigo, se limitaba a mirarme
con esos ojos mansos, tan tristes, e insistía
con el voto en disidencia. Mira, Virgilio, le res-
pondía yo, el fallo tiene que salir por unanimi-
dad, qué mierda de concurso sería éste si el ju-
rado elige a un participante pero Virgilio Pi-
ñera, el escritor de prestigio mundial, vota en
contra del ganador, ¿acaso quieres que nos bo-
ten a todos a patadas, compadre? ¿Por qué tú
crees que te eligieron como jurado? Para que
le des brillo al evento, pues. Ahora que Leza-
ma murió tú eres el más grande, ¿Hace cuán-
to que estamos con esta vaina, Virgilio? Se te
ha metido en la cabeza ese cuento con el mal-
dito Thor, o Thor o como carajo se llame, y
me das la lata, terminala ya, Virgilio. Lo iba a
visitar temprano en la mañana. El mar relucía
como la piel de un niño, y Virgilio siempre es-
taba levantado en la pequeña sala donde no ha-
bía casi ningún libro, y donde lo único que de-
lataba la morada de un escritor era la desven-
cijada maquina portátil en un rincón, pero con
frecuencia, cuando yo entraba, alguien salía.
Amigos de Virgilio, mocetones fuertes, con as-
pecto de marineros u obreros de la construc-
ción, y Virgilio siempre me daba la misma ex-
plicación, es un amigo que está escribiendo un
artículo sobre mi obra, o ha venido a leerme
un poema. Aquellos muchachos no parecían
aprendices de literatos, ay, Virgilio, y vuelta a
discutir sobre el cuento, y él empeinado co-
mo una mula, hasta que un día me llegó el úca-
se, el concurso se tenía que fallar, pero tam-
bién me enteré de un informe de Moralidad so-
bre lo que pasaba en la casita de la playa. Cris-
to, aquello era una cueva de pájaros, que Vir-
gilio fuera un pájaro todo el mundo lo sabía en

La Habana, y quien más quien menos hacían-
mos la vista gorda, pero él se estaba desfilando
por aquella casita en Guanabo desfilando un
hombrecito, ya terminala Virgilio, qué tanta pa-
ciencia crees que tendrás contigo, no haces
más que agregar complicaciones, en qué país
y en qué época tú crees que viven, Virgilio, es-
tamos en La Habana en 1979, carajo. Esta ca-
sa tuya es un puterío infernal, Virgilio, los de
Moralidad ya te han hecho un informe y has
quedado desplumado como pollo viejo, mi her-
mano, y encima ni siquiera accedes a firmar-
me el fallo del concurso de cuentos, ese mu-
chacho, el voluntario del Escambray, no será
Hemingway pero tampoco escribe tan mal,
oye, no te pongas exquisito que esto no es Pa-
rís, Virgilio. Y él, flaquito, arrugado, liviano
que parecía que una ráfaga se lo llevaría, me
clavaba sus ojitos de maricón viejo, apagado
tras las gruesas gafas, esa sonrisa escuadrada
que tenía, y me desarmaba. No te pases, Virgilio,
no te pases que esto va a terminar mal. Hasta
que un día las cosas se precipitaron, y me die-
ron la orden de arrancarle la firma, lo de la ca-
sita en la playa había pasado de castaño oscu-
ro, y cogí el papel con el fallo, estaba ya me-
dio ajado de tanto que lo había llevado en el
bolsillo, y me dije ahora sí, ahora Virgilio lle-
gó el momento de la verdad, como no firmes,
pájaro, los de Moralidad te caerán encima.
Mientras corría yo en la guagua por La Haba-
na rumbo a la casa de Virgilio, tuve un mal
presentimiento, y la mañana se puso negra y
cayó un aguacero. Y cuando llegué a la casa-
ta, hallé que la puerta estaba llena de gente con
aire cariacontecido, entré y nomás me topé con
un ataúd de pino plantado en la sala, y dentro,
muy compuesto, menudo como un gorrión-
llo asustado, estaba Virgilio. ¡Se había muer-
to el muy cabrón! Aquello era un hervidero de
gente, estaba la Seguridad del Estado y mu-
chos corresponsales extranjeros, y un desfile de
indeseables: por las trazas, intelectuales críti-
cos, todo el pajarero habanero y otros margi-
nales, era casi un mítin opositor, hay que po-
nerle coto inmediatamente, me dijo al pasar,
masticando un puro con rabia, un jefe de Se-
guridad, y yo pensé para mí, carajo, Virgilio,
es como si te hubieras muerto para no firmar-
me el fallo del concurso, cómo se puede ser
tan testarudo. Al cabo de media hora, cargaron
el cajón en una furgoneta mortuoria y par-
timos rumbo al cementerio de Colón. Yo iba
junto al chofer y como las órdenes eran evitar
cualquier aglomeración de gente, el chofer le
imprimió una terrible velocidad al carro, para
dejar atrás a los otros carros, a las bicis, y a la
gente de a pie que pretendía seguir el cortejo.
Y así emprendimos aquella carrera delirante
por La Habana, a puro claxon: cuando los pe-
atones veían aquel bólido negro a todo gas,
huían despavoridos. A mi lado, el chofer mas-
cullaba: "¿Te parece que tengamos que hacer
todo esto por una loca que se murió?", protes-
taba. Y mientras le dábamos a Virgilio final-
mente no había firmado, y lo rompí en pedaci-
tos que fui botando, y que flotaron por un
momento en el mediodía, como pájaros libres,
y le contesté a mi compañero:

—Era una loca total. Pero qué par de huevos
tenía.

Se reproduce aquí por gentileza
del autor.

COVISUR ESTA TEMPORADA, LE BRINDA LA SEGURIDAD
Y EL CONFORT DE PODER VIAJAR POR EL PRIMER TRAMO
DE UNA RUTA CON DOBLE CALZADA, UNA HACIA CADA LADO.



LA RUTA 2

Resumen: El narrador es Pirovano, un ex arquero que usa un guante de guardavalla permanente en su mano izquierda mutilada para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio se comunica con un Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de Magia. Ahora anda tras "Paredón" (o Pandolfi) y Bowie; tiene un rehén y los cita en un taller mecánico.

25 GRASA

A las seis menos cinco pasó, lento, un patrullero. A las seis menos tres entró un tipo interesado en el Torino y Catcher le dijo que no sabía si estaba en venta, que el dueño tenía que venir a llevárselo ya; que lo esperara. El tipo se fue. En la radio anunciaban un recital de Iggy Pop a las seis. Catcher tomó el último mate a las seis y dos. Se levantó y a las seis y cuatro. Puso la Harley en marcha y la dejó ahí, regulando. Con el segundo tema de Iggy salió a la calle, a la vereda.

Bowie estaba comprando un diario en el kiosco. Había otros clientes tan poco lectores como él, pero no el interesado en el Torino. El patrullero asomaba la trompa en la esquina.

Catcher se acercó al kiosquero y dijo:

—El dueño del Torino no vino a buscarlo todavía y yo necesito un repuesto para el Duna antes que cierren; si viene, que me agante un cachito. Diez minutos, José. Que no se vaya. El kiosquero lo miró y dijo:

—Andá tranquilo. Bowie lo miró y no dijo nada. Ese Catcher no era Catcher para él, pero algo tenía. Tenía guantes.

Bowie estiró la mano y re-
tuvo el brazo del mecánico:
—Disculpame; ¿hacés fierros, vos? —y le tanteó los bí-
ceps.

Catcher sonrió apenas:
—No necesito.

Y quiso volverse, pero Bowie lo re-
tuvo:

—Pará.

Con el gesto del que aparta una cortina, Catcher se deshizo del brazo extendido y, a la salida del mismo movimiento, se le afirmó con ambas manos engrasadas en los hombros:

—¿Sabés qué pasa?: yo laburo —dijo. Después tomó distancia y lo soltó hecho un asco.

Bowie no hizo nada. Ni siquiera se miró las marcas oscuras en la camisa. Quedó inmóvil, viendo cómo Catcher retornaba al taller. Después de unos segundos hizo un gesto para contener a los demás, sacó una navaja y lo siguió tres pasos atrás.

Catcher lo advirtió de reojo y se puso alerta; oyó que el otro lo conversaba entre dientes pero no logró entender qué le decía. Así entró al taller y se dirigió directamente a la moto en marcha, como si se desentendiera de lo que se movía amenazante a sus espaldas. —Quedate ahí —dijo Bowie bruscamente y le apoyó la navaja bajo las costillas.

Catcher ni siquiera se volvió. Curiosamente, Iggy Pop seguía cantando como si nada.

—¿Me vas a matar?

—No. ¿Hay salida por atrás?

—No —y esta vez sí se dio vuelta. No entendía.

Bowie tenía ahora también un revólver en la otra mano.



—Nos vamos a ir juntos —dijo de pronto—. Subite a la moto.

—No entiendo.

—No te hagas el boludo, que los dos somos boleta... —dijo Bowie con la voz estrangulada—. Subite, carajo.

Catcher sintió en esas palabras la oscura determinación del que está definitivamente jugado.

Se trepó a la Harley y el otro se encaramó detrás, sin apartar la navaja de sus costillas.

—Salí para la izquierda en contra y no pares aunque... —dijo Bowie.

Precisamente de la izquierda y por su mano, justo en ese momento apareció el patrullero y clavó los frenos. Alguien gritó.

Catcher aceleró hacia la salida y sintió dos disparos; se encogió sobre el tanque para no ofrecer blanco mientras Bowie hacía fuego también. Pero

fue un solo tiro. Vino la respuesta nutrida

y Catcher oyó un quejido a sus espaldas.

Fue todo en un instante. Mientras Catcher sentía cómo claudicaba el brazo ceñido a su cintura, la moto se desequilibró por el peso perdido de un lado y fue derrapando casi horizontal, hacia el pilar de la entrada. Bowie rodó laxo, buscado por nuevos balazos. Catcher se arrojó contra la pared tratando de salir de la línea de fuego y de un salto se colgó de la cadena que pendía, tensa, junto a la columna lateral. El eslabón enganchado zafó, y la cortina se derrumbó con un ruido infernal.

Luego de un momento de tregua, los disparos siguieron ensañándose con ella, perforando la oscuridad.

Catcher se tiró junto a Bowie, que agonizaba:

—Yo no fui... —fue lo único, lo último que dijo.

Eso y el ademán de soltar la navaja como si le quemara, como si le hubiera quemado durante mucho tiempo, bastaron para Catcher.

Lo vio, lo oyó morir. Después recogió el arma y se zambulló en el foso mientras reventaban el portón.

Salí de la red en la terminal de Primera Junta y tomé el subte. Bajé en Sáenz Peña y no fui a la cúpula sino que subí directamente a la oficina.

Mupi se sorprendió al verme.

No me esperaba tan temprano pero hizo un gesto de alivio mientras señalaba hacia el privado:

—Unos tipos raros, hace dos horas que están, Pedro... —dijo en un susurro—. No quisieron esperar acá y tuve que abrirles.

Menos mal que no había optado por la entrada secreta. Realmente, mi seguridad era deplorable.

—¿Quiénes son? —dijo mientras sonaba el teléfono una vez más.

Mupi atendió y yo me dediqué a espiar clásicamente por el ojo de la cerradura: dos árabes de barbita, túnica y todo me esperaban.

—No puede ser —dijo en voz alta.

Todo podía ser. El del teléfono era Zambrano; lo atendí esperando lógicamente lo peor.

—Si supieras de dónde y para qué te hablo no te harías el estrecho conmigo —me dijo canchero.

—¿Qué pasa?

—El Presidente quiere verte, Pirovano.

Traté de prestarle atención a lo que me decía pero algo me distrajo. Tenía el dorso de la mano sucia de grasa. De grasa y de sangre.

Mañana

26. Cabos atados.

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

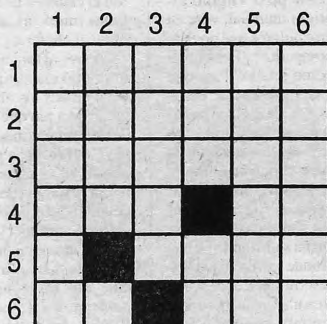
Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES

1. Atento.
2. Concejales.
3. Moneda.
4. Junte./ Se.
5. Urna.
6. La./ Nivel.

VERTICALES

1. Tuétano.
2. Nido.
3. Nadir.
4. Leo./ Ru.
5. Tranquila.
6. Oseas.



ESCALERAS

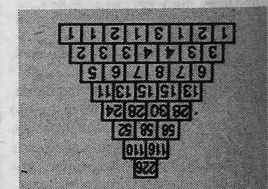
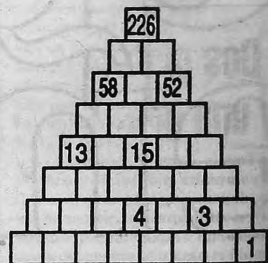
Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

NUEVA	CORREO
VIEJA	CARTAS

A. Nueva, hueva, huela, hiena, hiena.
B. Correo, corre, corre, corre, corre.
C. Cartas, cartas.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.



CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Dioses		Pintores
1. Baal	A. Egipcios	1. Rembrandt
2. Osiris	B. Fenicios	2. Velázquez
3. Venus	C. Griegos	3. Gauguin
4. Zeus	D. Romanos	4. Chagall
Ríos en el cine		
1. "Río Rojo"	A. Jhon Ford	1. Mario
2. "Muerte en el Nilo"	B. Mia Farrow	2. Jorge
3. "Misipipi en llamas"	C. Peter Finch	3. Ernesto
4. "El puente sobre el río Kwai"	D. Alec Guinness	4. Julio
		¿Y su nombre?
		A. Benedetti
		B. Cortázar
		C. Cardenal
		D. Amado

JUEGOS DE MENTE

La Súper Revista de Pasatiempos

Aparición mensual